

**El problema del indio y la construcción colonial de la alteridad en *Andágueda* (1946)
de Jesús Botero Restrepo**

Mónica María Peláez Duque

Trabajo de investigación para optar al título de Filóloga hispanista

**Asesor
D. Juan Carlos Orrego Arismendi**

**Letras: Filología Hispánica
Facultad de Comunicaciones
Universidad de Antioquia
Medellín
2019**

Contenido

Introducción.....	4
1. Contexto histórico literario	9
1.1. El indigenismo latinoamericano	9
1.2. El indigenismo narrativo	12
1.3. El tema indígena en las letras antioqueñas.....	16
1.4. <i>Andágueda</i>	20
2. Estado del arte.....	23
3. Consideraciones teórico metodológicas.....	25
4. Análisis.....	29
4.1. El problema del indio en <i>Andágueda</i>	29
4.2. La construcción colonial de la alteridad indígena.....	35
5. Conclusiones.....	43
6. Bibliografía.....	47

Resumen

En este trabajo de investigación se propone un análisis sociocrítico sobre la representación del indígena en *Andágueda* (1946), de Jesús Botero Restrepo. Esta obra ha sido reconocida por algunos críticos, en el ámbito nacional, como novela indigenista en tanto manifiesta cierto nivel de compromiso con respecto al problema del indio. Sin embargo, en su captación de la realidad indígena, la novela de Botero reproduce los conflictos típicos de la construcción colonial de la alteridad, fundados sobre el concepto de raza, lo cual limita el alcance de la reivindicación social del indio que constituye la nota distintiva de la novela indigenista.

Palabras clave: Indio, Raza, Alteridad, Indigenismo, Enunciación narrativa, Colonialidad.

Abstract

This research work proposes a sociocritical analysis of the representation of the indigenous person in *Andágueda* (1946), by Jesús Botero Restrepo. This work has been recognized by some critics, at the national level, as an indigenist novel insofar as it manifests a certain level of commitment regarding the indigenous problem. However, in its capture of indigenous reality, Botero's novel reproduces the typical conflicts of the colonial construction of alterity, based on the concept of race, which limits the scope of the social vindication of the indigenous person that constitutes the distinctive note of the indigenist novel.

Keywords: Indigenous, Race, Alterity, Indigenism, Narrative statement, Coloniality.

El problema del indio y la construcción colonial de la alteridad en *Andágueda* (1946) de Jesús Botero Restrepo*

I. Introducción

En Hispanoamérica se ha desarrollado una larga tradición discursiva sobre *el indio*² americano en la que es posible evidenciar diferentes grados de proximidad al referente indígena. Desde sus inicios, en la época colonial, esta tradición ha sido escenario de las tensiones sociales, políticas y culturales que generó el encuentro con “el otro” a partir de la Conquista. En este contexto, se produjeron diversos testimonios sobre la situación del indígena en los que se desarrollaron, de forma paralela, la denuncia sobre los vejámenes cometidos contra el indio y la construcción discursiva sobre su alteridad. En términos de Walter D. Mignolo (2005), dicha construcción debería entenderse a partir de la *diferencia colonial* que se configuró a mediados del siglo XVI con la integración del Nuevo Mundo en el imaginario eurocristiano (p. 29).

Al desarrollar el concepto de *diferencia colonial*, Mignolo plantea que la construcción discursiva sobre el nativo de las indias se funda en un sistema de semejanzas y oposiciones frente la realidad europea y su modelo de humanidad ideal.³ Según el autor, este proceso trajo

*Este trabajo es producto del proyecto de investigación “La novela de tema indígena en Antioquia: Caracterización y proceso histórico” (Código 2016-12871), financiado por el CODI de la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad de Antioquia en la Convocatoria Programática 2016 Área Ciencias Sociales, Humanidades y Artes.

² En lo sucesivo emplearemos este término, a pesar de las connotaciones negativas que porta, debido a que el aborigen de América ingresa a la literatura occidental bajo el rótulo de “indio”. Según el crítico peruano Luis Alberto Sánchez (1953), desde el arribo de Colón, quien creyó haber llegado al costado occidental de las Indias Orientales, se le llamó al nativo de esta manera (p. 44). Así, desde la época colonial la literatura hispanoamericana ha hablado de “*indios*” para referirse a los distintos grupos culturales originarios del continente.

³ Por su parte, Rolena Adorno (1988) observa que “En el siglo XVI, las percepciones interculturales por parte de los europeos no se concebían creyendo en la alteridad sino en la identidad. Es decir, la mentalidad europea

a la escena discursiva el concepto de *raza* como criterio para la creación de una nueva categoría social: la categoría de indio. Este término pasó a designar de forma homogénea a la diversidad de grupos culturales que habitaban el continente antes de la llegada de Colón y, al nombrarlos de manera uniforme, se negaron de plano las diferentes identidades culturales construidas sobre legados originarios del territorio.⁴

Lo anterior es especialmente significativo si se tiene en cuenta que estas percepciones interculturales fueron determinantes en las nuevas formas de relacionamiento y de dominación, que se desarrollaron durante el periodo colonial y serían heredadas, época tras época, a través de las letras hispanoamericanas que, desde entonces, han abordado la cuestión indígena. Esto, a pesar de los renovados intentos que, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, fomentaron nuevas formas de acercamiento a la realidad del indio en las páginas de la literatura producida en el continente. Tal es el caso, entrado el siglo XX, del movimiento indigenista y su correlato en la creación narrativa de ficción: la novela indigenista.

En el contexto de la literatura de tema indígena, la novela indigenista ha ocupado un lugar notable: en su elaboración estética del referente indígena, esta modalidad propende por la verosimilitud etnográfica e histórica en las descripciones con el fin de lograr una mayor ampliación del mundo representado. Además, el desarrollo de esta tradición se ha

no se preguntaba si la nueva humanidad se ubicaba fuera de los esquemas antropológicos escolásticos sino donde se encontraba dentro de ellos” (p. 56).

⁴ Al respecto, coincidimos con Guillermo Bonfil Batalla (1972) quien sostiene que la categoría de indio, por sí misma, es incapaz de las particularidades específicas de estos grupos: “De lo expuesto anteriormente se concluye que la definición de indio no puede basarse en el análisis de las particularidades propias de cada grupo; las sociedades y las culturas llamadas indígenas presentan un espectro de variación y contraste tan amplio que ninguna definición a partir de sus características internas puede incorporarlas a todas, so pena de perder cualquier valor heurístico. La categoría de indio, en efecto, es una categoría supraétnica que no denota ningún contenido específico de los grupos que abarca, sino una particular relación entre ellos y otros sectores del sistema social global del que los indios forman parte. La categoría de indio denota la condición de colonizado y hace referencia necesaria a la relación colonial” (p. 110).

caracterizado por manifestar un nivel más profundo de integración de los valores nativos en el complejo sociocultural que elaboran las obras y, en particular, cierto grado de compromiso con la reivindicación social del indio (Escajadillo, 1994, p. 39). Sin embargo, en su función representativa de la realidad indígena, esta modalidad narrativa tiende a reproducir los paradigmas a través de los cuales ha sido mirado el indio en el contexto colonial. Al respecto, Antonio Cornejo Polar (2005) señala que:

[...] la base del indigenismo se encuentra prefigurada en las crónicas del Nuevo Mundo. Aquí se percibe por primera vez ese complejo proceso a través del cual un universo se dispone a dar razón de otro distinto y ajeno: el deslumbrado español que intenta descifrar el sentido de la nueva realidad con que se enfrenta (p. 37).

Desde esta perspectiva, en el proceso de representación, la tradición indigenista tiende a repetir las bases epistémicas de la experiencia histórica del colonialismo, mediante las cuales un sujeto colonizador toma conciencia de un sujeto colonizado. De esta manera, la enunciación de la alteridad indígena que se produce en la novela indigenista estaría mediada por las lógicas de dominación que durante siglos han silenciado al sujeto indígena y lo han relegado a la condición de subalterno.

En este sentido, resultan oportunas las observaciones de Edmond Cros (2011), cuando advierte que las obras literarias son portadoras de elementos semióticos e ideológicos que se configuran en contextos específicos y se reproducen en los textos a través de los diferentes niveles o categorías de su estructura interna (p. 34). A la luz de estos planteamientos, consideramos pertinente realizar un análisis sociocrítico de *Ándagueda*, una novela publicada en 1946 por el antioqueño Jesús Botero Restrepo, con el fin de indagar acerca de la dimensión

social e histórica de los atributos asignados al indio en la narración, dada su filiación con la narrativa indigenista.

Esta obra ha sido reconocida por algunos críticos, en el ámbito nacional, como novela indigenista en tanto manifiesta cierto nivel de compromiso con respecto al problema del indio⁵. Sin embargo, en su captación de la realidad indígena, la novela de Botero reproduce los conflictos típicos de la construcción colonial de la alteridad, fundados sobre el concepto de raza, lo cual limita el alcance de la reivindicación social del indio.

En esta línea de sentido, el presente trabajo de investigación pretende revisar los procedimientos de enunciación narrativa que operan en *Andágueda*, a partir de las categorías narratológicas desarrolladas por Gerard Genette (1989) —en particular la categoría de focalización—. Acto seguido, nos proponemos realizar una interpretación de los valores atribuidos al indígena en la novela a la luz de los estudios poscoloniales. Finalmente, se presenta una discusión acerca de las contradicciones intrínsecas en el discurso reivindicatorio de la novela.

Este procedimiento analítico permite evidenciar que en la novela existe una marcada toma de posición, por parte del narrador, a favor de la comunidad aborígen que protagoniza la historia, y con respecto a los conflictos sociales y económicos que enfrentan. En segundo lugar, se puede evidenciar que, a pesar de la verosimilitud de sus descripciones etnográficas

⁵ En el ámbito de los estudios indigenistas, esta expresión emerge para aludir a los problemas sociales que enfrentan las comunidades indígenas y fue acuñada, en primer lugar, por el crítico peruano José Carlos Mariátegui (1971), con el fin de señalar que tales problemas no se reducen a aspectos culturales, morales o educacionales, sino que se trata, más bien, de una cuestión económica que tiene sus raíces en el régimen de propiedad de la tierra (p. 26).

sobre los personajes nativos, la novela no logra trascender la asignación de atributos raciales, propios del paradigma eurocentrista, forjados en el contexto colonial.

Lo anterior pone en evidencia las contradicciones intrínsecas en el discurso reivindicatorio de la novela, pues, aunque en el relato se denuncia la expropiación de territorios indígenas, el narrador observa al indio a través de los filtros de la relación colonial; por ello, solo puede apreciar a una raza de voluntades vencidas, cuya escasa inteligencia la hace especialmente carente de instrucción y la pone en la necesidad de ser dirigida por un *otro* de naturaleza superior.

De esta manera, la novela presenta una imagen típica⁶ del indio, cuya significación colectiva limita la emergencia de personajes indígenas plenamente individualizados. Esta ausencia de subjetividades indígenas en la novela produce un efecto contradictorio con respecto al discurso de su reivindicación social, pues, al reproducir las bases epistémicas de la colonialidad, está validando las lógicas de dominación que por siglos han silenciado al sujeto indígena y lo han relegado a la condición de subalterno.

Queda, entonces, subrayar que este trabajo monográfico propicia una reflexión sobre el proceso de aproximación al referente indígena en las letras antioqueñas, las que, durante el periodo estudiado, experimentan cierta apertura frente a la modernización literaria latinoamericana y logran distanciarse de los regionalismos forjados en el contexto de la segunda mitad del siglo XIX.

⁶ Al referirnos a una imagen *típica* del indio lo hacemos en los términos del filósofo y esteta húngaro G. Lukács, quien define como típicos aquellos elementos que en la caracterización de personajes adquieren un carácter sintomático y esencial cuya significación se extiende a toda una clase social (Lukács, 1978, 379).

1. Contexto histórico literario

1.1. El indigenismo latinoamericano

Con la consolidación de las repúblicas hispanoamericanas, a finales del siglo XIX, tuvo lugar en el continente un movimiento de transformación social y política directamente relacionada con la situación de las comunidades indígenas y su papel dentro de las nuevas nacionalidades. Países como Perú, Bolivia, Ecuador y México, cuya población cuenta con un importante contingente indígena, estuvieron al frente de esta movilización. Según Carmen Alemany (2013), amplios sectores intelectuales de estos países apostaron por reconocer la esencialidad de las tradiciones ancestrales de las comunidades autóctonas dentro de lo que llamaban patria. Aunque, desafortunadamente, lo anterior no logró trascender significativamente ámbito de la retórica, es importante señalar que este proyecto a favor del indígena pasaba por su liberación de la servidumbre y del gamonalismo y reunió esfuerzos por incluir a las grandes masas indígenas en los programas educativos como parte fundamental del proceso de superación del extranjerizante siglo XIX (p. 87).

Esta movilización social y política alcanzó la primera mitad del siglo XX y dio voz a importantes sectores de la sociedad latinoamericana para denunciar temas como la injusta distribución de la tierra y la explotación latifundista como consecuencia de las injusticias de un mal gobierno. Quizá uno de los mayores logros que alcanzó la corriente política del indigenismo latinoamericano de la época, fue la celebración del Primer Congreso Indigenista Interamericano, llevado a cabo en Pátzcuaro, México, en 1940. Según el Sociólogo Emmanuel Ramírez Cárdenas (2014), los alcances de este encuentro se materializaron a través de recomendaciones y principios que dieron lugar a la conmemoración del día del aborigen americano y la creación del Instituto Indigenista Interamericano (p. 49). En este contexto, el

indígena se erigió como el símbolo más sugerente para poner en evidencia la necesidad de una reforma política integral.

En medio de estas tensiones, la intelectualidad peruana sentó las bases de un indigenismo fundamentado en la sociología marxista⁷ de pensadores como Manuel González Prada (1844 - 1918), Luis E. Valcárcel (1891-1987), Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979) y José Carlos Mariátegui (1894-1930). Todos ellos concentraron sus esfuerzos alrededor del *problema del indio* con la intención de elaborar una propuesta de futuro para el continente fundamentada en los derechos ancestrales de las comunidades autóctonas sobre la tierra y en la revalorización de su papel en la configuración de la identidad latinoamericana.

En particular, nos interesan las elaboraciones teóricas de Mariátegui (1971) al referirse por primera vez al problema del indio para nombrar los conflictos de base económica que han mantenido a las comunidades indígenas en una posición subordinada dentro de las estructuras sociales y políticas dominantes:

La cuestión indígena arranca de nuestra economía. Tiene sus raíces en el régimen de propiedad de la tierra. Cualquier intento de resolverla con medidas de administración o policía, con métodos de enseñanza o con obras de vialidad, constituye un trabajo superficial o adjetivo, mientras subsista la feudalidad de los “gamonales” (p. 26)

En Colombia los impulsos más destacados de esta movilización social en favor del indígena estuvieron directamente relacionados con el contra discurso liberal que se desarrolló en respuesta al proceso regeneracionista (1886-1909). Raymond L. Williams (1991) destaca las

⁷ Cornejo Polar (1980) resalta la influencia decisiva que tuvo la creación del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) en el movimiento indigenista peruano y además señala que tanto la revolución mexicana (1910) como la soviética (1917) brindaron horizontes de interpretación frente a la realidad del país a los intelectuales peruanos.

manifestaciones políticas en favor de los derechos de los indígenas, organizadas por Manuel Quintín Lame entre 1914 y 1918, y que fueron sucedidas por la formación del Partido Socialista Colombiano en 1919 y del Partido Comunista en la década del 20. Según el crítico, este periodo sentó las bases de la modernización liberal que vivió Colombia entre 1930 y 1940, entre otros aspectos relevantes, entre los cuales resalta la reforma agraria (Ley 200 de 1936) impulsada por Alfonso López Pumarejo (1934-1938) con el fin de erradicar los vestigios coloniales que aún quedaban en el campo. Para Williams, este escenario político dio lugar a un discurso liberal revolucionario que había sido acallado hasta entonces y entre otras cosas dio lugar a la fundación del Instituto Etnológico Nacional en 1941 y abrió el camino para la novela de protesta social, en la que el indigenismo tuvo un papel destacado como parte del nuevo discurso liberal (p. 24).⁸

Así, el indigenismo como movimiento social intentó rechazar todo intento de occidentalización del indígena a través de la alfabetización o catequización, para reclamar una nueva conciencia social que permitiera liberar a las comunidades autóctonas del gamonalismo extractivista y fundar un nuevo régimen de propiedad agraria que pudiera favorecerlas. Sin embargo, tal como afirma Ramírez, “Los problemas que intentaron resolverse mediante políticas sociales, entendidas como normas políticas, no fueron eficaces porque estaban dirigidas a una población de la que no se tenía conocimiento” (p. 42). Al respecto, Nina Friedemann (En Friede, J. Friedemann, N. y Fajardo, D; 1975) advierte que,

⁸ En un trabajo monográfico, el sociólogo Emmanuel Ramírez Cárdenas (2014) resalta que teóricos de esta época como Manuel Marzal y Antonio García se han referido a este periodo del indigenismo colombiano como indigenismo orgánico, en tanto la acción indigenista que se configuró en la década de 1930 estuvo adherida a la política y al nuevo campo científico en formación. Sin embargo, Ramírez subraya —citando a Antonio García Nossa— que el indigenismo en Colombia se conformó de una manera irregular y retardada, dado el débil desarrollo de las ciencias sociales en el país, la conformación de una política social sectorizada, el desinterés por comunidades marginalizadas y la preponderancia de un régimen democrático integracionista en la sociedad colombiana (44).

a la postre, este indigenismo institucional, ejercido por la sociedad dominante, con su dinámica de “integración” tiende a contribuir al acelerado proceso de desculturación que históricamente padecen las comunidades indígenas en el país. Según la autora este tipo de acciones ponen de manifiesto la prevalencia de una ideología de superioridad racial y etnocentrismo cultural (pp. 17-19).

Así mismo, Friedemann resalta el rol que han desempeñado, en este contexto, los movimientos indígenas que luchan entorno a sus derechos de tierras, de identidad cultural y de participación justa en la nación: “Este constituye un indigenismo autóctono en torno a la defensa de la indianidad” (p. 17). Lo anterior ha puesto en evidencia la necesidad de nuevas formas de aproximación a la realidad indígena, o mejor, ha puesto de manifiesto que es imperativo favorecer la emergencia de voces indígenas y su participación concreta en los procesos de formulación de las políticas públicas, de manera que tales proyectos puedan atender de manera efectiva las necesidades específicas de las diferentes formas de organización indígena.

1.2.El indigenismo narrativo

Este nuevo orden político y social tomó impulso a lo largo del siglo XX y contribuyó a un nuevo enfoque sobre el tratamiento del indio en la creación literaria de este periodo que se caracterizó por una actitud de reivindicación o de solidaridad frente a la realidad indígena⁹.

⁹ Algunos de los autores más representativos de este subgénero en el ámbito latinoamericano son Alcides Arguedas con *Raza de bronce* (1919), Ventura García Calderón con *La venganza del cóndor* (1924), Enrique López Albújar con *Cuentos andinos* (1920) y Jorge Icaza con *Huasipungo* (1934), quienes se ocuparon del proceso de integración de las comunidades indígenas en las sociedades modernas. Por supuesto es importante mencionar a Clorinda Mato de Turner, cuya novela *Aves sin nido* (1889) ha sido considerada por muchos críticos como la primera novela indigenista latinoamericana, aunque autores como Tomás Escajadillo (1994)

Esta nueva actitud permitió que la narrativa de tema indígena que se produjo en esta época trascendiera la visión paternalista y exotista heredada del periodo colonial, para alcanzar así una mayor proximidad etnográfica respecto a su referente y afianzar el compromiso social del escritor frente al *problema del indio*. Al respecto, Alemany observa lo siguiente:

Desde lo literario, el indigenismo, como movimiento social y político, aportó a la literatura la superación de la idealización romántica que caracterizó a las publicaciones anteriores a dicho movimiento, cambiando, en gran medida¹⁰, el tono costumbrista pintoresco por un estilo naturalista y una mayor aproximación a la figura del indio en la que se filtra la reivindicación social y la necesidad de plantear un conflicto que habitualmente se centraba en la oposición indio/explotador (p. 89).

Frente a esto, es importante resaltar que, además de la influencia del movimiento social indigenista de este periodo, la narrativa de tema indígena ha evolucionado en respuesta a los acontecimientos textuales que, en cada época, se han preguntado por la inclusión o exclusión de los valores indígenas como elemento constitutivo de la identidad nacional e incluso continental. Entre dichos acontecimientos resaltamos la incursión de las vanguardias modernizadoras que, según Ángel Rama (1982), a partir del último tercio del siglo XIX propiciaron una visión más precisa del desequilibrio existente entre las áreas culturales del continente y pusieron en marcha un movimiento de modernización literaria que inauguró la

disientan rotundamente. En Colombia, las obras más destacadas por la crítica indigenista son *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera, *Toá: narraciones de caucherías* (1933) de Cesar Uribe Piedrahita y *José Tombé* (1942) de Diego Castrillón Arboleda.

¹⁰ El cuadro costumbrista siguió vigente en el indigenismo ortodoxo, en el cual, antes de formular el *problema del indio* (o paralelamente a eso), se ofrecen cuadros costumbristas y etnográficos de un modo de vida que es desconocido para el lector letrado, quien en el siglo XIX apenas se enteró de temas del pasado. De hecho, el pintoresquismo no desaparece: Icaza, por ejemplo, extrema el dibujo de una vida indígena en la pobreza y, sobre todo, la suciedad hiperbólica.

pregunta por los procesos de integración intercultural, en aras de la preservación y reivindicación de los valores autóctonos de las culturas ancestrales (p. 340).

Esta modernización que Rama entiende a partir del concepto de *transculturación* y Antonio Cornejo Polar (2005) en términos de *heterogeneidad* (p. 29), cambió el rumbo de la novela hispanoamericana con el desarrollo del *realismo social*¹¹, una corriente que propició importantes reflexiones sobre la realidad local y de la cual se desprende la novela de tema indígena como una modalidad que, dentro de la tradición narrativa sobre el indio, se caracteriza por manifestar diferentes niveles de aproximación al referente indígena y de compromiso con su realidad social.

Sin embargo, en su captación de la realidad indígena, la novela, como medio de representación occidental, constituye un espacio lleno de contradicciones internas que la crítica literaria interesada por la descripción e interpretación del subgénero se ha encargado de develar. El peruano José Carlos Mariátegui (1971) fue, quizá, el primero en advertir que:

La literatura indigenista no puede darnos una visión rigurosamente verista del indio. Tiene que idealizarlo y estilizarlo. Tampoco puede darnos su propia ánima. Es todavía una literatura de mestizos. Por eso se llama indigenista y no indígena. Una literatura indígena, si debe venir, vendrá a su tiempo. Cuando los propios indios estén en grado de producirla (p. 335).

¹¹Aunque de ninguna manera pretendemos que las novelas del realismo social latinoamericano sean equivalentes a las obras que el filósofo y esteta húngaro G. Lukács consideró en su momento como realistas, consideramos oportuna su definición de literatura realista como aquella que refleja la realidad de manera concreta. En su teoría, este reflejo de lo real consiste en comprender un fenómeno dentro de una totalidad coherente y captar su esencia. Así, con la palabra reflejo, Lukács se refiere a una construcción narrativa de situaciones, actos y caracteres que revelan la esencialidad de una sociedad en un momento histórico (Lukács en Zima, 2013, 53).

Por su parte, Tomás Escajadillo (1994) considera que este problema, expuesto por Mariátegui en términos de artificio, puede ser superado mediante una *suficiente proximidad* al referente indígena. La valoración de Escajadillo se fundamenta en los distintos niveles de lejanía/cercanía frente al objeto de la representación, y de acuerdo con esto distingue tres perspectivas en el tratamiento de la cuestión indígena, mediante las cuales ilustra el proceso histórico de la representación del indio en la NTI. Estas perspectivas quedan enmarcadas en las categorías de *indianismo*, que mira al indio con un exotismo paternalista y con cierto moralismo cristianizante; *indigenismo*, que se caracteriza por un sentimiento de reivindicación y busca representarlo con objetividad; y *neoindigenismo*, que incursiona en su cosmovisión, tres actitudes distintas que expresan el interés particular de la narración por el nativo (p. 34).

En general, la crítica coincide en que la narrativa de tema indígena ha puesto en evidencia la tensión existente entre el referente indígena y su representación indigenista, toda vez que esta constituye un conjunto discursivo que asigna valores a la cultura del indio y circula al interior de una sociedad que observa desde estas representaciones mediadas por las lógicas de la cultura occidental. Lo anterior es especialmente significativo si atendemos a las observaciones de Cornejo Polar, quien señala que, en la mayoría de los casos, no existe coincidencia entre los intereses que expresa el narrador y los que —en el orden de la realidad— tiene el referente. (p. 29).

Desde esta perspectiva, parece claro que la novela de tema indígena no ha logrado elaborar una visión descolonizada de las comunidades autóctonas del continente, toda vez que continúa realizando sobre la materia latinoamericana un tratamiento de factura europea. En este sentido coincidimos con lo expuesto por Luis Fernando Restrepo (1999) cuando

advierte que “[...] se requieren aproximaciones menos universalizadoras, y más localizadas eclécticas y plurales” (18), y de ahí la importancia de nuevas formas de aproximación al indio en la literatura, como la nueva novela indigenista o neoindigenista, que dan cabida a las voces nativas y privilegian sus propios sistemas de representación frente a las formas típicas de la cultura occidental.

1.3. El tema indígena en las letras antioqueñas

Con los hechos que a finales del siglo XVIII propiciaron el movimiento independentista en La Nueva Granada¹², se inaugura un acelerado proceso de modernización en las grandes regiones de la naciente república con enormes consecuencias en el ámbito literario. Aunque en la República de la Nueva Granada no existió propiamente lo que otros países latinoamericanos nombraron como “proyecto de nación”, sí se realizaron, a lo largo del siglo XIX, grandes esfuerzos por parte de las élites neogranadinas por construir una identidad nacional basada fundamentalmente en los valores religiosos y en las buenas costumbres heredadas de la tradición colonial, esfuerzo que en algunas regiones se llamó “proyecto civilizador”.

Autores como Juan Camilo Escobar (2009) establecen una relación directa entre los avances del proyecto civilizador en Antioquia y la gran cantidad de publicaciones seriadas¹³

¹² Uribe (1979) resalta acontecimientos como la expulsión de los jesuitas, la llegada —de contrabando— de libros y periódicos que hablaban de la revolución de independencia de los Estados Unidos y de la revolución francesa; la insurrección de los comuneros contra los impuestos reales y, en particular, el gran movimiento cultural que surgió alrededor de la Expedición Botánica dirigida por José Celestino Mutis y los proyectos derivados de esta, toda vez que posibilitaron el reconocimiento de la diversidad forestal, mineral, geográfica y etnográfica, etc. de las regiones de la Nueva Granada (pp. 15-16).

¹³ Publicaciones como *El Montañés*, *La Miscelánea* y *Alpha* ejercieron gran influencia en este proceso a través de la crítica literaria ejercida por su junta redactora, encargada de cuestionar o legitimar el contenido de sus

que empezaron a circular desde 1850 y que fueron determinantes en la configuración de un conjunto de imágenes mentales alrededor de la literatura antioqueña cuya influencia alcanzó las primeras décadas del siglo xx. Fue a través de la prensa que se consagraron las líneas discursivas del *regionalismo*¹⁴ antioqueño con el fin de exaltar los rasgos esenciales de la realidad local mediante la descripción de los paisajes geográficos de la región, el sentimiento de amor por el terruño y la afirmación de las costumbres y tradiciones antioqueñas (p. 153).¹⁵ Según el mismo autor, en esta región se instauró un verdadero mecanismo de exclusión social y de homogenización en contra de la diversidad, alentado por las elites antioqueñas, que devino en la formación de una opinión pública racista y la creación de un imaginario racial de identidad (Escobar, 2013, p. 29).

El efecto de estos criterios de valoración se hizo notar a tal grado que críticos como Augusto Escobar (2000) observan que durante este periodo surgió en Antioquia una literatura propia y distinta de la que se produjo en las demás regiones del país, señalando que esto se debió posiblemente a la idiosincrasia antioqueña expresada en el llamado *regionalismo* (p.

publicaciones. Mediante este ejercicio manifestaron abiertamente su preocupación por consolidar una literatura local al exigir de la literatura antioqueña “[...] descripciones magistrales del paisaje, de las costumbres campesinas, de la vida errante de los arrieros, oportunamente traídas y diseminadas con tino” (*El Montañés*, N.º 1, p. 12).

¹⁴ Williams (1991) indaga sobre las bases históricas del *regionalismo* en Colombia resaltando, además de la evidente cuestión geográfica, la complejidad de las tensiones ideológicas que han sido causa importante de muchas luchas políticas en el país (p. 37).

¹⁵ Escritores como Gregorio Gutiérrez González (1826-1872), Manuel Uribe Ángel (1822-1904) y Antonio Gómez Restrepo (1869-1947), con la búsqueda incesante de las notas distintivas de la realidad local antioqueña, marcaron el rumbo de la tradición literaria de esta región hasta muy avanzado el siglo XX. Con su obra inauguraron una corriente marcadamente regionalista que recibió el respaldo de las élites intelectuales que, a través de la prensa, insistían en que la labor creativa del escritor antioqueño debía permanecer en Antioquia, para poder narrar e interpretar su idiosincrasia. Para un amplio sector de la crítica, la obra de Tomás Carrasquilla (1858-1940) constituye un importante paradigma dentro de esta tradición. Pese las profundas restricciones que limitaban las posibilidades de la expresión e, incluso, a pesar de la propia autocensura que emerge en la conciencia del autor en un contexto como este, Carrasquilla logra imprimir en su recreación de la realidad antioqueña las notas universales de la novela realista al captar mediante la tipificación de sus personajes los rasgos esenciales de la cultura antioqueña (Uribe, 1979, p. 73).

2). Al respecto, Williams (1991) resalta la importante función legitimadora de la crítica literaria, la cual, mediante un sistema de inclusión, ha institucionalizado como locales y distintivos de Antioquia ciertos valores literarios de corte europeizante y ha ignorado los propiamente autóctonos. El mismo autor pone de manifiesto cómo este regionalismo antioqueño dio lugar a una serie de desafortunados estereotipos raciales fundamentados, entre otros, en la supuesta pureza de la raza antioqueña, que, dada la escasa presencia de población indígena en la región y la escasez de recursos para contratar mano de obra esclava, logró forjar una idiosincrasia regional (p. 166).

Al respecto, René Uribe (1979) señala que, si bien en Antioquia subsisten variados elementos de las culturas indígenas precolombinas, estas constituyen un porcentaje muy reducido en relación con algunas regiones de la cordillera oriental colombiana y, además, sus comunidades aparecen absorbidas por las estructuras impuestas por el aparato dominador y disimulados dentro de ellas:

Los elementos culturales de la raza indígena vencida, ya se anotó atrás, fueron arrasados, y solo pudieron subsistir —ya que hay costumbres y tradiciones más fuertes que toda violencia— más o menos acomodados dentro del nuevo orden impuesto, influyendo sobre él a pesar de todo. (p. 13).

En el mismo sentido, Williams apunta que, a la llegada de los españoles, aproximadamente 600.000 indígenas habitaban el territorio que hoy corresponde a Antioquia, pero esta población descendió rápidamente a causa de los combates y las enfermedades (p. 165). Sin afirmar que estos factores demográficos hayan determinado el desarrollo del tema indígena en la literatura escrita por autores antioqueños, coincidimos con ambos autores en que la

escasa presencia de estos grupos étnicos en la región ¹⁶ ha influido en la captación de este tópico en las novelas antioqueñas.

Es gracias a la llegada del modernismo que los escritores antioqueños logran ampliar su enfoque literario hacia una conciencia continental. Este modernismo encontró en Baldomero Sanín Cano (1861-1957) su máximo crítico y difusor; las ideas expuestas en sus ensayos lograron liberar al escritor de finales del XIX y principio del XX de la necesidad de circunscribir sus temas al estrecho margen geográfico de su región para abrir nuevos caminos hacia la realidad social, política y económica internacional.

Este proceso de modernización literaria marcó el inicio de un periodo en la literatura antioqueña al que Williams se ha referido como de *transición*, en el que se inscribe nuestro objeto de estudio. Según el crítico, durante la primera mitad del siglo XX surgió una literatura con impulso moderno de carácter sociológico y las letras antioqueñas empezaron a dar cuenta de un crecimiento en cuanto a conciencia social. Esta modernización en las letras antioqueñas trajo como consecuencia una literatura de protesta frente a la realidad sociopolítica¹⁷ del país, con obras que denunciaron la explotación de la clase obrera y de las minorías étnicas. En particular, rechazaron el impacto de las industrias extractivas en territorios habitados

¹⁶ A pesar de esto, es importante resaltar que la presencia indígena ha resistido con fuerza en diferentes zonas del territorio antioqueño. Según datos publicados por la Secretaría de educación de la Gobernación de Antioquia en el 2016, el departamento cuenta con la presencia de 193 comunidades y 51 resguardos a lo largo del territorio. Según esta fuente los indígenas en Antioquia pertenecen a las etnias Embera, Senú y Gunadule (Kuna Tule). Estas comunidades están asentadas en 31 municipios de las subregiones de Urabá, Occidente, Suroeste, Norte, Bajo Cauca, Nordeste y Magdalena Medio. (Culturas indígenas de Antioquia. (2016). Recuperado de: <https://www.antioquiatic.edu.co/noticias-general/item/226-culturas-indi-genas-de-antioquia>).

¹⁷ Durante este periodo de transición se destacaron autores como María Cano (1887 -1967), Rafael Jaramillo Arango (1897 - 1962) y por su puesto Cesar Uribe Piedrahíta (1897 - 1951) con *Toá: narraciones de caucherías* (1933) y *Mancha de aceite* (1935) (Williams, 1991, p. 178).

ancestralmente por comunidades aborígenes y denunciaron la explotación a la que eran sometidas para que las riquezas colombianas fueran a dar a manos extranjeras (1991, p. 178).

1.4. *Andágueda*

Andágueda (1946) es la primera novela del escritor antioqueño Jesús Botero Restrepo (Jardín, 1921 – Medellín, 2008). Con ella, Botero inauguró un ciclo de tres novelas que continuó con la publicación de *Café exasperación* en 1963 y finalizó con *El sol va a la deriva* de 1995. Estas obras tienen como contrapunto una notable documentación histórica y social, cultivada por Botero a partir de sus experiencias como empleado en diversos oficios y como funcionario público, las cuales le permitieron entrar en contacto con la realidad social de diferentes regiones del país. *Andágueda*, por ejemplo, es producto de una de sus experiencias como “[...] minero y habitante en la selva por los rumbos del Chocó” (Vallejo, Prólogo a la tercera edición de 1986, p. 2).

Su formación intelectual se centró en la creación literaria pues, siendo muy joven, decidió abandonar su carrera en ingeniería química para dedicarse a las letras y, en este campo, cultivó no solo la novela sino también el cuento y la poesía. Si bien algunos personajes cercanos a Botero, como Manuel Mejía Vallejo (1986), por ejemplo, reconocían en él “[...] un dominio natural del lenguaje, fogoso y correntino, rico en léxico y significaciones ocultas, apto para nombrar hechos y atmósferas, para definir situaciones dramáticas en diálogos de cortante verticalidad” (p. 2), el autor de *Andágueda* reconoció influencias de José Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos, Ciro Alegría y Jorge Icaza (Gómez y Gómez, 1994, p.11). Tales influencias lo llevaron a interesarse por los procesos de articulación del indio a contextos extractivistas, tal como lo era, y lo es aún en Colombia, la

selva chocoana. En este lugar el autor tuvo contacto con las comunidades negras e indígenas que habitaban el lugar.

En novela se narra la historia de Honorio Ruiz, un arriero antioqueño que había llegado al Chocó en busca de aventuras y riquezas que le fueron esquivas. Dos años infructuosos de trabajo en la mina El Torrente lo empujaron al interior de la selva. Esto y la atracción que sentía por Clara Rosa Querágama, una joven perteneciente a la pequeña comunidad indígena asentada a orillas del Vivícora, un pequeño riachuelo perdido entre el monte cuyas aguas iban a dar al gran *Andágueda*. Con poco esfuerzo, Honorio es aceptado en la comunidad indígena por su “naturaleza vigorosa y bravía” (p. 72), que, además, le confiere una posición de liderazgo dentro del grupo sin que nadie se atreva a cuestionarlo. Allí participa de las formas de vida indígena, y unos años después él y Clara Rosa se convierten en padres de un niño al que asignan el nombre de Manuel Ruiz. La llegada de este hijo turba los pensamientos de Honorio, quien se culpa por haber contribuido a la reproducción de una sangre condenada, “una sangre sufriente” (108). Ante la evidencia de lo que para él es un error, Honorio decide reunir el dinero que le permita evadir el futuro fatídico de su hijo, un futuro que conduce inevitablemente a la expropiación y explotación a las que están condenados los indígenas de esta región, cuyas riquezas poco a poco han ido a parar a manos de colonizadores extranjeros.

Honorio decide organizar, para su beneficio particular, los esfuerzos de la comunidad indígena que en otro tiempo lo acogió como su compañero y líder. Los nativos abandonan el cultivo del maíz en Vivícora para dedicarse completamente al barequeo por las orillas del Chuigo y vender el oro encontrado al nuevo explotador. A esas tierras llega Francisco Rendón, antiguo compañero de Honorio en *El Torrente*, uno de los muchos admiradores de

la belleza de Clara Rosa y a quien también atraía la abundancia de oro que se atribuía a la zona. En vista de que Honorio había tomado control de la veta y de que este le impone de malos modos sus términos para permanecer en la mina, Rendón decide vengarse y tomar por la fuerza a la india. Cuando Honorio se entera de lo ocurrido se ve enfrentado en una pelea a muerte con Rendón, a quien asesina. Al día siguiente Honorio abandona la comunidad indígena, se lleva consigo el oro reunido y lo gasta en alcohol.

Los indígenas, obligados a entregar sus tierras a compradores foráneos, deben marchar hacia el interior de la selva, por lo que Clara Rosa decide dejar su hijo al cuidado de una comunidad religiosa. Tiempo después, Honorio regresa al Andágueda en busca de la comunidad indígena, pero encuentra que han desaparecido: “En el Chuigo no había ya sino árboles” (189); desilusionado, se asienta nuevamente, esta vez solo, en la selva: “[...] hasta que, en esas huidas y búsquedas, rechazos y hallazgos, se tronchara el tallo ardiente de sus Díaz” (p. 190).

Por su parte, Manuel Ruiz crece con apenas una vaga memoria de su origen, y por su apellido algunos insinúan su parentesco con un afamado arriero cuyas hazañas eran recordadas y exaltadas por quienes lo conocieron. Tras varios años de trabajo en la selva, el hijo de Honorio Ruiz marchaba hacia la ciudad, buscando realizar lo que parece un afán innato de aventuras y experiencias de conquista.

2. Estado del arte

Desde su publicación en 1946, *Andágueda* ha recibido diversas valoraciones por la significación del tema indígena en su propuesta estética. En el prólogo a la tercera edición de la novela —una edición conjunta con *Café exasperación*— Manuel Mejía Vallejo observaba, con cierto optimismo, y quizá alentado por la amistad que los unía, que la novela de Botero era quizá la mejor novela indigenista escrita en Colombia (1986, p. 1). Aunque no coincidimos con esta valoración, consideramos que resulta bastante razonable si se atiende a la postura solidaria que asume el narrador frente al *problema del indio* que se elabora en la obra, pues, desde esta perspectiva, es válido afirmar que *Andágueda* se inscribe dentro de las modalidades más representativas de la expresión reivindicatoria del indigenismo, al incluir, en su pregunta por la realidad social de los indígenas que habitan los alrededores del río, la cuestión económica de la tenencia de la tierra.

En 1978 se publicaron los estudios críticos de Guansu Sohn sobre la novela colombiana de protesta social, donde se desarrolla una lectura, a nuestro juicio, mucho más crítica sobre *Andágueda* como novela del indio, pues el autor señala que la obra fracasa en su denuncia frente a la explotación económica que padece la raza indígena en tanto se refiere al indio como a un ser inherentemente inferior que está condenado al desastre, física y moralmente (pp. 88- 94). En la misma dirección apuntan las consideraciones de Álvaro Pineda Botero (1986), quien cuestiona los valores indigenistas de la obra señalando que se trata más bien de una apología del colonizador antioqueño. Coincidimos con el autor cuando afirma que esta novela está muy lejos de reflejar la visión del mundo y la sensibilidad del indígena pues sus indios, embrutecidos y pusilánimes, parecen más bien un excelente recurso estructural para crear una figura de héroe antioqueño (p. 4).

Con respecto a las lecturas anteriormente citadas, encontramos mucho más equilibradas posturas como la de Jairo Morales Henao (2007), quien acierta al reconocer que “[...] el autor tuvo la intención de contar el mundo indígena de su época, cada vez más despojado de su ser (despojo que incluye, y, en primer lugar, la tierra)” (p. 5). Esto sin hacer ningún tipo de valoración sobre los valores indigenistas de la novela. Igualmente coincidimos con lo expuesto por Juan Carlos Orrego (2012), quien propone una reflexión sobre las relaciones conflictivas entre la industria extractiva y el equilibrio social de las comunidades indígenas que se representa en la obra. En su análisis, Orrego subraya que, pese a la exaltación de los valores del colonizador antioqueños sobre los valores indígenas, *Andágueda* ocupa un lugar importante dentro de la literatura colombiana referida al indio, por denunciar abiertamente la incursión de las industrias extractivas en tierras ancestrales y de esta manera logra acercarse a las modalidades más representativas de la reivindicación indígena, la reivindicación económica (p. 48).¹⁸

Finalmente, es importante considerar el trabajo de maestría de Dally Ortiz publicado en 2017 dado que coincidimos con su interpretación sobre la representación del indígena en la novela. En este trabajo la autora señala cómo, en lugar de proponer una verdadera reivindicación del indio, *Andágueda* constituye más bien una glorificación del arriero antioqueño y de la autoridad que ejerce sobre los indígenas por lo que debería considerar más bien como novela arrierista (pp. 173-174).

¹⁸ En esta sección de antecedentes se incluyen los trabajos que elaboran una reflexión sobre la representación del *problema del indio* en la novela de Botero. Sin embargo, existen otros comentarios alrededor de *Andágueda* que pueden iluminar cualquier aproximación a la obra: Arango Ferrer, J. (1993). *Horas de literatura colombiana*. Medellín: Departamento de Antioquia; Ayala Poveda, F. (1984). *Manual de literatura colombiana*. Bogotá: Educar Editores; Curcio Altamar, A. (1975). *Evolución de la novela en Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura; Zuluaga, F. (1947). “*Andágueda. —Jesús Botero Restrepo*”. En: *Revista de las Indias*, N.º 95, pp. 317-318.

3. Consideraciones teórico-metodológicas

Desde una perspectiva sociocrítica, coincidimos con las anotaciones de Pierre Zima (2013), cuando afirma que las obras literarias, como fenómenos individuales, solo pueden comprenderse de manera concreta en el marco de una coherencia global, a partir de la cual es posible explicar su estructura interna (semántica, sintáctica y narrativa) y las redes de sentido que elabora (pp. 47-61). Igualmente, consideramos oportunos los aportes de Edmond Cros (2011) cuando advierte que la descripción y análisis de los elementos semióticos e ideológicos de esta estructura interna permite observar cómo el proceso histórico está profundamente involucrado en el proceso de escritura (p. 32).

Este enfoque metodológico supone que en el proceso de representación de la realidad social que opera en toda creación literaria, existen fisuras a través de las cuales se filtran la historia y las construcciones ideológicas hegemónicas de cada época.¹⁹ Para explicar cómo se genera la reproducción de patrones ideológicos en la literatura, Cross nos remite a las teorías de Lucien Goldmann para definir el concepto de sujeto transindividual y señala lo siguiente:

Each of us belongs at any moment of our life to a series of collective subjects (generation, family, geographic origin, profession...). We pass through many of them in the course of our existence. These different collective subjects, when we pass through them, offer us their social values and world vision by the means of their

¹⁹ Al respecto Cros (2011), señala que el texto funciona bajo ciertas reglas de repetición de elementos genéticos, que son responsables de la producción global de sentido y, además, son portadores de los conflictos ideológicos de un momento histórico: “It repeats a short series of messages but it does not repeat them in a monotonous way (or exactly similar way), it repeats its messages through the different levels or categories of the texts (I mean: time, space, discursive material, myth, topics and so on... Every text can present specific categories...)” (p. 34).

specific discourses. Every transindividual subject inscribes in its discourse the indexes of its spatial, social and historical insertion [...] (p. 36).²⁰

Según el autor, esta cuestión implica que el escritor da la palabra en su obra, aunque no sea de un modo consciente, a una serie de sujetos transindividuales que lo atraviesan. Además, sugiere que mediante el análisis de las construcciones discursivas del sujeto transindividual, es posible reconstruir la formación social en la que está inmerso el escritor.

Atendiendo a los presupuestos de esta teoría, nos ocuparemos de la estructura interna de la obra de Botero, con el fin de analizar el lugar de enunciación desde el cual emerge la construcción discursiva sobre el indio que se elabora en la narración. Para el análisis de tales procedimientos narrativos resultan pertinentes las categorías propuestas por Gerard Genette (1989) en sus estudios narratológicos, en particular la categoría de focalización, la cual alude a un procedimiento de representación en el que opera una selección de percepciones y puntos de vista por parte de un sujeto focalizador o perceptor que corresponde, a su vez, a la instancia narrativa (pp. 225-230).

Este proceso de *focalización*, que Genette entiende en términos de “distancia” y “perspectiva”, hace referencia al modo²¹ narrativo, es decir, la manera en cómo el autor regula la información que le ofrece al lector. En este sentido, el autor distingue entre *focalización cero*, cuando la perspectiva es externa y corresponde a un narrador omnisciente;

²⁰ Cada uno de nosotros pertenece, en algún momento de la vida, a una serie de sujetos colectivos (generación, familia, origen geográfico, profesión, etc.). Pasamos por muchos de estos en el curso de nuestra existencia. Estos diversos sujetos colectivos, al pasar por ellos, nos ofrecen sus valores sociales y visiones de mundo a través de sus discursos específicos. Cada sujeto transindividual inscribe en su discurso los signos de su inserción espacial, social e histórica [...] (Cros, 2011, p. 36). La traducción es nuestra.

²¹ En su teoría, el autor propone una analogía entre el relato y el verbo al afirmar que los relatos, como los verbos, tienen tiempo, modo y voz. El concepto de focalización se deriva de la categoría de modo para referirse a la manera como se nos presenta lo narrado en el relato (Genette, 1989, pp.215-230).

y *focalización interna*, cuando es un personaje el que expresa sus puntos de vista sobre los hechos: “Se puede contar más o menos lo que se cuenta y contarlos según tal o cual punto de vista, y a esa capacidad precisamente, y las modalidades de su ejercicio, es a la que se refiere nuestra categoría de modo narrativo” (1989, p. 219).

Así, el análisis de la perspectiva permite poner en cuestión el punto de vista de quien habla, es decir, de la instancia narrativa, y la distancia permite apreciar el nivel de proximidad entre el narrador y su referente a partir de la cantidad de información que proporciona al lector. Es así como opera la regulación de la información narrativa y de esta manera se puede conferir mayor o menor intensidad a determinados temas en el relato.

La interpretación de este análisis narratológico se abordará desde una perspectiva poscolonial que permitirá iluminar la significación de los valores atribuidos al indio en la novela de Botero, a la luz de la experiencia histórica del colonialismo y sus lógicas de dominación sobre *el otro*, es decir, el sujeto colonizado. En particular nos interesan posturas como la de Quijano y Wallerstein (1992) cuando señalan que, en este contexto, la demarcación de la alteridad tuvo como corolario el establecimiento de una jerarquía entre razas, que considera a la blanca como superior y permitió justificar la subordinación de los pueblos conquistados frente al poder del colonizador (p. 551).

Este enfoque teórico permite reflexionar sobre cómo este sistema de clasificación racial logró poner en cuestión la racionalidad de las razas consideradas inferiores y dio lugar a las formas de control a partir de las cuales se configuró el patrón de poder que conocemos como colonialidad y que ha perdurado en el tiempo, aún superada la época de la colonia:

De acuerdo al mito del estado de naturaleza y de la cadena del proceso civilizatorio que culmina en la civilización europea, algunas razas [...] están más próximas a la “naturaleza” que los blancos. Sólo desde esa peculiar perspectiva fue posible que los pueblos no-europeos fueran considerados, virtualmente hasta la Segunda Guerra Mundial, ante todo como objeto de conocimiento y de dominación/explotación por los europeos (Quijano, 1993, pp. 224-225).

Desde esta perspectiva, queda claro que, para legitimar las lógicas de dominación forjadas en el periodo colonial, era necesario producir sujetos diferentes y es precisamente sobre la base de esta *diferencia colonial*, en términos de Mignolo (2005), que se produce la construcción discursiva sobre la identidad del nativo de las indias y se forja la categoría de indio (p. 29). Esta categoría, de la cual se ocupa nuestra investigación, corresponde a una alteridad estratégicamente producida que, dada su desviación a lo “irracional”, es incapaz de su propia objetividad histórica y, en este sentido, necesita someterse a los sistemas de administración e instrucción impuestos por el colonizador.

4. Análisis

4.1. El problema del indio en *Andágueda*

El tema indígena emerge en *Andágueda* desde las primeras líneas de la historia cuando el narrador omnisciente presenta al personaje principal, Honorio Ruiz, como un hombre atormentado por los deseos de su alma y de su carne (p. 11), pues, al avanzar en la lectura, se descubre que la inquietud en los pensamientos de Honorio tiene nombre propio: Clara Rosa Querágama, una mujer indígena a quien los trabajadores de la mina El Torrente atribuyen una particular belleza. Ante la evidente turbación que ha hecho presa de Honorio, un peón de la mina observa: “– Pa yo lo que le pasa a Honorio es que está encaprichao comu’el diablo con la hija de Manuel Querágama [...] ¿No vieron vustedes cómo se acostó apenitas vino y supo que a la muchareja se la’bían llevado pa Vivícora? –” (p. 17).

El nombre de la india se instala en los pensamientos de Honorio generando tal ansiedad que el narrador cede la focalización para que el mismo personaje dé cuenta de ello: “– Pero qué remedio –rumia mentalmente–. Ni yo mismo sé bien lo que me ocurre, y más vale que lo descubra hoy para no andar embrollado toda la vida. Y si no puedo vivir sin la india, pues, santo y bueno, voy a buscarla, aunque se encuentre en la cola del mundo [...] –” (p. 22). Sin embargo, cuando el arriero se entera de que la muchacha se encuentra en Vivícora, este nombre pasa a ocupar en la narración el que antes ocupó el nombre de la muchacha: “Y un nombre, superfluo en apariencia, se tendía sobre todas estas consideraciones, llenando las resquebrajaduras de la meditación, ocupando íntegramente las pausas y las transiciones del razonamiento: Vivícora” (p. 22). Más adelante, se hace aún más evidente que la obsesión de Honorio por Clara representa más bien los imaginarios del colono sobre la vida del indio en la selva: “Vivícora, riachuelo perdido entre montes prístinos,

agrupación indígena de vida sobria y silvestre, prometía a la audacia sofrenada de Honorio Ruiz, allá en el subconsciente, una existencia auténticamente tumultuosa, de lances osados e imprevistos” (p. 23). En medio de sus elucubraciones, Honorio vuelve sobre este nombre una y otra vez. Así, el narrador omnisciente, como sujeto perceptor, observa cómo los nombres de Clara Rosa y el de Vivícora se funden en la mente de Honorio en una aparente equivalencia que deja ver cómo el interés del colono por la india se vincula directamente con la significación que él mismo atribuye a ese territorio.

Tras su matrimonio con Clara Rosa, Honorio se adentra cada vez más en la selva y en la vida de la comunidad indígena, de manera que, a partir de este momento, la narración se centra, aún más, en la descripción del paisaje selvático y de las prácticas comunitarias tradicionales de la comunidad de Vivícora.

Así, mediante las referencias al paisaje, el narrador ofrece al lector una gran cantidad de información que le permite intuir el importante papel que desempeña la selva, como territorio habitado por el indio, dentro de la historia. Quizá esto permita comprender las descripciones sobreadjetivadas²² empleadas en la narración para recrear los escenarios donde tienen lugar los acontecimientos, pues de este modo se confiere mayor intensidad a lo narrado:

En la cordillera la vegetación es enana y el frío cortante. El chusque de caña blanca y roja anima someramente la gris monotonía del gélido paisaje que recubre en su totalidad el musgo como un asbesto malváceo. El oso tiene en las vertientes su guarida

²² Al respecto, el crítico Javier Arango Ferrer (1993), señala que *Andágueda* es una novela particularmente retórica, agobiada por un sistema barroco cuya finalidad es simplemente ornamental, pues, según el crítico, Botero llega a exceder el límite de la adjetivación que sería necesaria para sugerir la emoción del paisaje (p. 126).

eternamente invernal, y la mirra escamotea al compacto silencio de las alturas sus gorjeos más agudos y transparentes. El verdín deleble de la palma real y del siete cueros, se sume en el blanco del caolín de las brumosas cimas, tornándose extraño marrón moribundo. [...] Lejos, en la hondura, se ven brillar los lingotes de estaño de los ríos destapados a penas a tramos (pp. 73-74).

Por su parte, el personaje indígena emplazado en estos escenarios parece aprender de su silencio y su monotonía hasta hacerse uno con sus paisajes habituales, pues es a partir de lo que la selva y la misma naturaleza le sugieren que este interpreta la vida, sus ciclos, sus misterios. Desde su perspectiva del narrador omnisciente observa:

Por la duración de las lunas, de luna nueva a luna nueva, el indígena gradúa sus trabajos y desazones, mide la tardanza o cercanía de sus cosechas, contabiliza toda su terca existencia, y cuando otea el futuro, muchas lunas adelante, presiente tal vez el arribo de Mojana —la muerte—, diosa ineluctable que alguna vez trepará hasta el bohío incoloro a segar arterias como lianas y demoler la enteca arquitectura de la carne india. Nada gana el nativo con construir el tambo alto, tendiendo el zarzo de varilla de guadua a dos metros del suelo, a fin de impedir la visita de Mojana. Ella llega más tarde o más temprano embarcada en los ríos y a caballo de los vientos, o espera pacientemente el paso de los elegidos encaramada a los árboles (p. 79).

Así, desde el punto de vista del narrador, las construcciones simbólicas del indio están profundamente ligadas a la naturaleza del territorio que habita, lo cual se puede evidenciar no solo a través de las representaciones que elabora sobre su cultura material —como la arquitectura de sus tambos—, sino también mediante el modo en que se refiere a sus prácticas tradicionales, entre ellas la cosecha del maíz:

Todas las manos indias se ocupaban afanosamente en la recolección del grano. Ya no había barequeo en los ríos. Ni búsqueda de lana de balso. Ni sangría del caucho en el corazón de la selva. Solo había maíz. Maíz salvaje, crecido sin mimos ni cuidados sobre terrenos pantanosos y anegados. Maíz magro que no ha visto el sol, que no tiene remilgos ni melindres de planta ciudadana, y que parece aprender empecinamiento silvestre, montaraz reciedumbre, terquedad y entereza selvática del mismo indio que lo siembra y recoge con amoroso pulso (p. 84).

Llama la atención que, si bien la descripción de los paisajes y de las prácticas tradicionales de la comunidad indígena se presentan desde una perspectiva externa, la cantidad de información proporcionada por el narrador acorta la distancia entre el lector y la realidad referencial de la narración. Esto, gracias a proximidad etnográfica que manifiestan las escenas:

Los niños desgranaban con dedos apresurados las mazorcas de hileras surtidas y compactas, y llenaban al mismo tiempo con su voz de clarines adolescentes la calma del rancho. Las mujeres repletaban cestas y cestas con el maravilloso grano que era una munición de sol para cazar las alegrías del mañana. Este canasto de acá se destinará para la fabricación de chicha de explosivo poder embriagante con que el aborigen duerme sus pesares. Este otro se empleará en la próxima siembra, y viene a ser entonces como la despensa del año futuro. Aquel otro de más allá lo molerán las mujeres hasta dejarlo convertido en una fécula o harina de sabor dulzarrón con la que se azucaran las horas amargas. Y todos los restantes se llevarán a expender a mercados lejanos o se canjearán por sal o por carne en sitios en que la cosecha se está retardando (p. 84).

De esta manera, cuando la avanzada implacable de la llamada civilización, con su actividad extractiva, alcanza las entrañas de los montes chocoanos y la comunidad indígena se ve sometida al drama del desarraigo, el lector puede dimensionar la magnitud del problema que enfrentan los indios, en particular, qué tan profunda es la pérdida del territorio que durante siglos ha sustentado su forma de vida, no solo en términos materiales sino también simbólicos:

Porque el indio es el genuino descendiente de la tierra salvaje. Él creció, brotó de ella como los mismos árboles. Sus raíces están tan aferradas a la selva como las del cedro y las del turmo, las del cadillo y el arañó. Él es el aborígen auténtico que morirá fielmente abrazado a su paisaje. Y aunque tenga que participar hoy en la implacable tala de montes, cuando note alguna vez que la selva va de verdad feneciendo, sentirá una nostalgia sísmica allá en su oscuro corazón. Creerá que la tierra se está escurriendo bajo sus pies, que le están robando pedazos palpitanes de sus propias entrañas, que el mundo todo es como una superficie jabonosa, resbaladiza, burbujeante, de amenazas (p. 86).

Es en este sentido que *Andágueda* adquiere un carácter de denuncia frente a los procesos de explotación y apropiación ilegítima de territorios habitados ancestralmente por comunidades indígenas. Al presentar el drama del indio despojado, el narrador omnisciente, como sujeto perceptor de los acontecimientos, pone de manifiesto su rechazo con respecto al destierro de la comunidad:

Los indios prosiguieron su marcha mohína, sin volver la vista. Llevaban todos los enseres del rancho: sus cerbatanas o bodoqueras, lo primero; sus tarros de guadua o aljabas, con todas sus flechas; sus escopetas, canastos y anzuelos. Las aves de corral

pendían de una vara, en gargantilla, y dos o tres cerdos, de hocicos puntudos, abrían la caminata midiendo la senda a pulgadas. Los perros de caza iban atrás, perezosamente con la lengua afuera (p. 99).

De esta manera, la novela de Botero logra inscribirse en un canon de novelas que, al ocuparse del tema indígena, abordan el problema de la tierra, el verdadero *problema del indio*: un problema que adquiere claros matices económicos y tiene clara correspondencia con lo planteado por Mariátegui cuando advierte que el drama que viven las comunidades indígenas en el mundo moderno no se reduce a aspectos culturales, morales o educacionales sino que se trata, más bien, de una cuestión económica que tiene sus raíces en el régimen de propiedad de la tierra y que perdurará mientras subsista la feudalidad de los “gamonales” (p. 26).

Es así como la novela logra instalarse dentro de la modalidad más representativa del indigenismo, que, según autores como Escajadillo, desarrolla un discurso de reivindicación social que culmina o alcanza su máximo desarrollo cuando logra visibilizar las raíces económicas del problema indígena y reclama la tierra para el indio (pp. 30 - 45).

Sin embargo, cuando el personaje indígena se ve enfrentado a las lógicas de la economía moderna, se zanja una brecha enorme entre la narración y su objeto de representación: según el blanco invasor, el indio debe vender su tambo porque está localizado en terrenos baldíos, pero encuentra que este “Ignoraba el precio de su tambo como se ignora el precio de un hijo o el valor del mundo o las cotizaciones de la propia vida” (p. 93). El narrador interpreta la dificultad que encuentra el indígena para entender las lógicas del blanco como una falta de inteligencia natural propia de su raza; una carencia que le impide hacer frente a la situación. Como veremos a continuación, desde la perspectiva del narrador, los

indios no tienen más remedio que ceder a la voluntad del invasor pues carecen de la racionalidad necesaria para reivindicar su derecho sobre la tierra que habitan.

4.2. La construcción colonial de la alteridad indígena

En *Andágueda* opera una profunda toma de conciencia frente al drama que enfrenta la comunidad indígena de Vivícora. Como se vio en el apartado anterior, los procedimientos de enunciación narrativa recrean situaciones y acciones que logran expandir las dimensiones del problema que enfrentan los indios con respecto a la pérdida de su territorio. En más de una ocasión, el narrador omnisciente cede la focalización al personaje principal para profundizar en la reflexión sobre el drama que enfrenta la comunidad local:

Compadres: yo ser racional y saber muy bien cómo engañando racional demás gente. El diciendo comprar, pero no pagando nada después. Dar apenas sal y paruma y escopeta mala por tierra, y nosotros quedar trabajando o caminar otras partes a hacer tambos nuevos y a socolar más monte por poder vivir. No vendiendo, él tener que caminar buscando otro tierra (p. 95).

Sin embargo, este procedimiento narrativo produce un efecto negativo con respecto al papel que desempeña la comunidad indígena en este conflicto. El narrador cede la voz a Honorio por ser, aparentemente, el único personaje con el entendimiento necesario para cuestionar la incursión, en la selva, de la civilización y sus proyectos de economía moderna. Además, el personaje blanco encuentra necesario adoptar la dicción arquetípica con que se representa el uso que hace el indígena de la lengua española, al parecer esto le permite explicarles la situación con más claridad. Sin embargo, al simular su dicción, lo suplanta como emisor:

Y Honorio Ruiz trataba entonces de hacer entender el motivo de su angustia a las inteligencias romas de los circundantes:

—Es que yo ver que selva ir acabándose. Abrir mucho y no dejar nada a indio. Ir echándolo lejos— (p. 92).

De esta manera, el narrador sugiere que los personajes indígenas de la historia son incapaces de comprender la lógica de tales reflexiones, que no es otra que la lógica propia del sujeto colonizador. Otra será la manera, podríamos decir, como ellos “interpretan” la lejana amenaza:

Pero ni Donato Tunay que era viejo y de experiencia; ni Manuel Querágama en quien todos reconocían un destello de buen entendimiento natural; ni el joven conciencizado que despertaba en Juan Bucamá, alcanzaban a mirar y a juzgar tan a lo lejos.

—¿Mucho monte no habiendo? ¿Selva no ser todo? ¿Más allá no haber indio mucho? — (p. 92).

A pesar de los muchos intentos de Honorio por explicar la situación a los indios, encuentra, cada vez, que estos no logran comprender la magnitud del problema en los términos planteados por el blanco, ni mucho menos enfrentarlos: “Ellos se miraban atónitos y se echaban a reír [...] Quizá para entonces ya todos hubiesen muerto. No interesaba anticiparse tanto a la problemática vida” (p. 92). En este contexto, los indios reciben noticia de una tragedia inminente, pero su respuesta resulta es pueril desde el punto de vista del narrador, quien interpreta su actitud como falta de entendimiento.

Esta oposición binaria entre racional e irracional que opera entre el blanco y el indio, respectivamente, produce un efecto contradictorio con respecto a la reivindicación social que pretende la novela. De un lado, la narración denuncia la irrupción del capitalismo en las formas de vida indígena y, de otro lado, estos hechos se presentan como inevitables, como una fatalidad que se cierne sobre los indios, pues todo aquello de lo que carecen con respecto al “racional” los convierte en una raza condenada a la extinción:

Un hombre podía vivir entre indios, pero no dejar por allí regada sangre sufriente, sangre melancólica y coagulada antes de nacer por el fatalismo de una raza en derrumbe y por el rigor vitalicio de un destino sin escape (p. 109).

De esta manera, la inminente desaparición de las formas de vida de la comunidad indígena se presenta como consecuencia inevitable de su condición racial. En este sentido resultan oportunas las observaciones de Zima, pues la significación que adquiere el concepto de raza en la estructura interna de la novela y las contradicciones que genera, solo pueden comprenderse en el marco de una coherencia global, es decir, la historia y los contextos en los que emergen las construcciones discursivas que se instalan en la literatura con una vocación hegemónica (pp. 47-61).

Según Mignolo (2005), el concepto de raza hunde sus raíces en el período colonial y emerge como un instrumento que permitía medir la naturaleza de los seres humanos con respecto al modelo de humanidad ideal forjado en el contexto del Renacimiento europeo, es decir, blanco, masculino, letrado y cristiano. Por su parte, Quijano (1993) sostiene que este sistema de clasificación racial logró poner en cuestión la racionalidad de las razas consideradas inferiores y permitió justificar la subordinación de los pueblos conquistados frente al poder del colonizador (p. 551).

En este sentido, adquieren pleno significado las observaciones de Cros cuando advierte que, en el proceso de representación de la realidad social que opera en toda creación literaria, existen fisuras a través de las cuales se filtran la historia y las construcciones ideológicas hegemónicas de cada época, pues el proceso histórico está profundamente involucrado en el proceso de escritura (p. 32).

Así, al hacer una valoración sobre la participación de los indios en medio de los conflictos sociales y económicos que se denuncian en *Andágueda*, se hace evidente que esta obra de Botero no logra trascender los paradigmas raciales mediante los cuales se configuró la categoría de indio en el contexto colonial. Sus personajes indígenas no poseen una subjetividad individualizada, pues su significación se expande para representar el drama colectivo de un sujeto colonizado que, dada su inferioridad racial, está condenado a la desaparición.

Al respecto resulta significativo que, aunque Clara Rosa sea el personaje indígena más representativo de la novela, esto teniendo en cuenta el rol protagónico que desempeña en la vida de Honorio, su participación en la historia es esencialmente silenciosa. El narrador la describe como una muchacha “siempre callada y circunspecta” (p. 75), “siempre taciturna y muda” (p. 79); una mujer indígena que solo puede compartir con Honorio “su cuerpo aceitunado con olor a vegetación húmeda” (p. 80) y sus actividades cotidianas, no así su palabra, su interpretación de la realidad. Más adelante, estos atributos que inicialmente se podrían considerar como rasgos de personalidad de Clara Rosa, adquieren una significación colectiva cuando el narrador los presenta como propios de la raza indígena: “No hablaba nunca. Solo miraba. Y esa mirada era triste y nostálgica como de corza perseguida [...] Es

que el alma india inescrutable era así. Callada en los placeres y en las penas. Avara tanto en las risas como en los placeres” (p. 79).

Así, tanto la irracionalidad atribuida al indio como este silencio invencible con el que se les caracteriza en la novela, reproducen la imagen de una raza que no puede valerse por sí misma y que debe someterse a la voluntad de un otro de naturaleza superior.²³ Esta apreciación se hace explícita cuando el narrador observa que:

La voluntad de estos hombres requería un amo cualquiera que la azuzase y alentase. sola, no era apta para encaminarse rectamente a su fin. La sujeción inmemorial a veladas o abiertas esclavitudes les había mellado el ánimo, les tenía vuelta roma la energía y obtusa la facultad de resolver situaciones insólitas, para las que no poseyeran normas conocidas. Por eso, lo mejor era que alguien pensase y obrase por ellos, aunque le tuvieran que prestar obediencia ciega hasta morir (p. 149).

Así, a los atributos observados anteriormente, se suma una voluntad pusilánime que viene a completar una imagen típica del indio que, desde el punto de vista del narrador, parece explicar por qué su raza está condenada a ser sujeto de dominación y explotación hasta que llegue su inminente desaparición.

Ante este panorama, tiene sentido preguntarse cómo una novela que tiende a denunciar los problemas que enfrenta en indio puede, al mismo tiempo, justificarlos. Esta paradoja nos remite una vez más a las consideraciones de Cros sobre la reproducción de los

²³ Cuando Rolena Adorno (1988) analiza los marcos comparativos en relación con los cuales se producía la configuración discursiva sobre el colonizado, observa que la conceptualización y descripción elaborada por el sujeto colonial colonizador sobre la alteridad recién encontrada estuvo basada una serie de lugares comunes de la época a través de los cuales el colonizador podía contemplar las entidades y experiencias que le eran ajenas. Tal es el caso de Francisco de Vitoria quien, a partir de su experiencia como evangelizador, advirtió, sobre los indios, que su psicología infantil los convertía en seres especialmente necesitados de la dirección de otros (p. 61).

conflictos ideológicos a través de la literatura, especialmente cuando advierte que el escritor, como cada uno de nosotros, pertenece, en algún momento de la vida, a una serie de sujetos colectivos (generación, familia, origen geográfico, profesión, etc.) que nos ofrecen sus valores sociales y visiones de mundo a través de sus discursos específicos. De esta manera es posible comprender que un escritor dé la palabra en su obra, aunque no sea de un modo consciente, a una serie de sujetos transindividuales que lo atraviesan (p. 36).

Al respecto, Cornejo Polar (1993), en sus reflexiones sobre las categorías de sujeto y representación en la novela de tema indígena, advierte sobre la imperiosa necesidad de auscultar en las páginas de esta literatura a través de

Las ondulantes oscilaciones de un espacio lingüístico en el que varias y borrosas conciencias, instaladas en culturas diversas y en tiempos desacompañados, compiten por la hegemonía semántica del discurso sin llegar a alcanzarla nunca, convirtiendo el texto íntegro en un campo de batalla, pero también de alianzas y negociaciones, donde fracasa irremediabilmente todo recurso a la subjetividad individualizada, con su correlato de identidades sólidas y coherentes, y sus implicancias en la crítica y hermenéutica literarias (p. 12).

De acuerdo con lo planteado por este crítico, aunque existen diferentes formas de aproximación al referente indígena en la literatura, mismas que no siempre responden a los patrones de la colonialidad, los personajes indios seguirán siendo construcciones elaboradas a partir de imaginarios individuales y colectivos a través de los cuales se filtran la historia y sus contradicciones. En *Andágueda* la representación del indígena remite directamente al indio como sujeto colonial, es decir, al indio como una alteridad estratégicamente producida que, dada su desviación a lo “irracional”, es incapaz de su propia objetividad histórica y, en

este sentido, necesita someterse a los sistemas de administración e instrucción impuestos por el colonizador.

Tal como ocurre en la novela de Botero, los paradigmas a través de los cuales fue mirado el amerindio en el contexto colonial se han reproducido a través de las páginas de la literatura hispanoamericana de tema indígena como un patrón con escasas modificaciones. De esta manera, los valores asignados al indio desde el lugar de enunciación del colonizador han dado lugar a personajes racializados que se configuran desde la diferencia epistémica colonial. En el caso de *Andágueda*, es evidente que, a pesar de las denuncias contra la expropiación de tierras indígenas, los valores atribuidos al indio corresponden al filtro a través del cual el colonizador creía ver con claridad el perfil del natural americano.

El proceso de aproximación a la realidad indígena en *Andágueda*, tal como se ha descrito hasta ahora, adquiere una significación especial si se la considera en el contexto de la literatura antioqueña que se produjo durante la primera mitad del siglo xx. En particular, es importante tener en cuenta que, a lo largo del siglo xix, se realizaron grandes esfuerzos por parte de las élites neogranadinas por construir una identidad nacional basada fundamentalmente en los valores religiosos y en las buenas costumbres heredadas de la tradición colonial, esfuerzo que en algunas regiones se llamó “proyecto civilizador”.

Algunos críticos de la literatura regional han señalado cómo los avances de este proyecto civilizador en Antioquia fueron determinantes en la configuración de un conjunto de imágenes mentales alrededor de la literatura antioqueña cuya influencia alcanzó las primeras décadas del siglo xx. Escobar (2009) por su parte, ha resaltado cómo los imaginarios acerca de lo que debía escribirse en Antioquia consagraron las líneas discursivas

del llamado regionalismo antioqueño, cuya finalidad no era otra que exaltar los rasgos esenciales de la realidad local mediante la descripción de los paisajes geográficos de la región, el sentimiento de amor por el terruño y la afirmación de las costumbres y tradiciones antioqueñas (p. 153).

El mismo autor subraya un aspecto que resulta relevante para el análisis de nuestro objeto de estudio y es que, a través de la literatura, en Antioquia se instauró un verdadero mecanismo de exclusión social y de homogenización en contra de la diversidad, alentado por las elites de la región, que devino en la formación de una opinión pública racista y en la creación de un imaginario racial de identidad (Escobar, 2013, p. 29).

Al respecto, Williams (1991) ha señalado que mediante este proceso de exclusión se institucionalizaron como locales y distintivos de Antioquia ciertos valores literarios de corte europeizante y se ignoraron los propiamente autóctonos. Así, encontramos que la presencia de las minorías étnicas en las páginas de la literatura regional de esta época es escasa y superficial. De manera que, podemos inferir, este racismo exacerbado fue determinante para el desarrollo del tema indígena en la literatura escrita por autores antioqueños y ha influido en la captación de este tópico en las novelas producidas en la región..

5. Conclusiones

Andágueda se constituye en una obra paradigmática en el contexto de la literatura antioqueña de su época, pues esta novela emerge en un periodo de transición entre los regionalismos forjados a lo largo del siglo XIX y el desarrollo de una conciencia social que se despliega durante la primera mitad del siglo XX. Es así como la obra de Botero se suma a una serie de novelas colombianas que, durante este periodo, encontraron en el escenario narrativo un espacio de protesta frente a la realidad sociopolítica del país, a través del cual era posible denunciar la explotación de la clase obrera y de las minorías étnicas.

Esta novela introdujo un impulso moderno en las letras regionales mediante su denuncia frente a los procesos de explotación y apropiación ilegítima de los territorios habitados ancestralmente por comunidades indígenas. Al presentar el drama del indio despojado, la obra pone de manifiesto su rechazo con respecto al destierro que enfrentan estas comunidades. De esta manera, *Andágueda* logra inscribirse en un canon de novelas que, al ocuparse del tema indígena, abordan el problema de la tierra, un asunto que para la crítica indigenista constituye el verdadero problema del indio.

Así, la recepción de la novela en el contexto colombiano se ha ocupado en analizar las formas de aproximación al referente indígena que propone la narración. En este sentido, algunos críticos han reconocido su filiación con la movilización social indigenista que se desarrolló durante el periodo en cuestión y, en esa medida, han aceptado su inscripción en el canon del indigenismo narrativo. Esta filiación de *Andágueda* con la expresión literaria del indigenismo parece evidente si se considera la postura solidaria que asume el narrador con respecto a los conflictos sociales y económicos que enfrenta el indio en el mundo moderno.

Para elaborar su denuncia, el narrador se extiende en las descripciones del escenario donde tienen lugar los acontecimientos y, de esta manera, logra una representación exaltada de los paisajes habitados por la comunidad indígena e intensifica la relación que existe entre el indio y la tierra. Además, la narración se caracteriza por elaborar amplias descripciones etnográficas sobre su cultura material e, incluso, sus construcciones simbólicas, de manera que es posible apreciar un nivel significativo de aproximación al referente indígena. Así, la novela permite al lector dimensionar la magnitud del problema que enfrentan los nativos frente a los procesos de explotación y expropiación de sus territorios ancestrales.

Sin embargo, la información que ofrece el narrador con respecto al papel que desempeña la comunidad en medio del conflicto pone en evidencia una serie de valoraciones negativas con respecto a la capacidad del indio para hacer frente a los problemas sociales y económicos que enfrenta. Tales valoraciones nos remiten a las categorías raciales a través de las cuales fue mirado el indio en el periodo colonial y ponen en evidencia cómo la representación del indígena en la novela está mediada por las lógicas de dominación que sustentaron el colonialismo europeo en América.

En primer lugar, se presenta a un indio incapaz de comprender las lógicas del colonizador, lo cual se interpreta como una supuesta falta de entendimiento o irracionalidad natural. Seguidamente, se atribuye a estos personajes un mutismo exacerbado que, según el narrador, es propio de la impasibilidad de su raza. Por último, se asume que el indio es incapaz de realizar cualquier tipo de empresa para defender sus intereses, dada la voluntad pusilánime que, supuestamente, han desarrollado bajo el yugo opresor de la colonización. A partir de estos atributos se configura una imagen completamente negativa del indio que,

desde el punto de vista del narrador, parece explicar por qué su raza está condenada a ser sujeto de dominación y explotación hasta que llegue su inminente desaparición.

Lo anterior deja ver cómo la representación del indígena en *Andágueda* remite directamente a la categoría social del indio, tal como se forjó en el periodo colonial, es decir, sobre la base de una supuesta inferioridad racial. En este sentido, la novela presenta al indio como un sujeto colonial colonizado que, dada su “desviación natural” a lo irracional, es incapaz de su propia objetividad histórica y, en este sentido, necesita someterse a los sistemas de administración e instrucción impuestos por el colonizador.

Así, *Andágueda* encarna esa unidad contradictoria de la que hablaba Cornejo Polar (1989) para referirse a aquellas obras de la literatura hispanoamericana que realizan, sobre la realidad local, un tratamiento de factura europea y, en este sentido, permanecen instaladas entre los bordes de lo uno y lo otro mientras las comunidades autóctonas permanecen subordinadas, semiótica e ideológicamente a la estructura hispánica básica (pp. 179 - 181). Desde esta perspectiva parece claro que el discurso indigenista de *Andágueda* sigue siendo un discurso sobre un *otro* al que se observa desde fuera y, por tanto, se comprende apenas parcialmente.

Este recorrido por la novela de Botero nos lleva a considerar que la representación del indígena en términos de raza reproduce una imagen típica del indio cuya significación colectiva tiende a homogeneizar las peculiaridades específicas cada sujeto indígena. Esta ausencia de subjetividades indígenas en la novela deja ver cómo el narrador privilegia los marcos interpretativos de un sujeto colonial colonizador y, en este sentido, valida las lógicas de dominación que por siglos han silenciado al sujeto indígena y lo han relegado a la condición de subalterno. Lo anterior no solo limita el alcance de la reivindicación social que

propone la obra, sino que pone de manifiesto una de las mayores deudas de la novela de corte indigenista: la posibilidad de crear personajes indígenas plenamente individualizados.

Referencias bibliográficas

- Adorno, R. (1988). El sujeto colonial y la construcción cultural de la alteridad. *Revista de crítica literaria latinoamericana*, N° 28, pp. 55-68.
- Arango, J. (1993). *Horas de literatura colombiana*. Medellín: Autores antioqueños.
- Aleman, C. (2013). La narrativa sobre el indígena en América Latina. Fases, entrecruzamientos, derivaciones. *Acta literaria*, N° 47, pp. 86-99.
- Bonfil, G (1972). El concepto de indio en América: una categoría de la situación colonial. *Anales de antropología*, Vol. IX, pp. 105-125.
- Botero, R. (1946). *Andágueda*. Bogotá: Librería y ediciones teoría.
- Cornejo, A. (1989). La literatura peruana: totalidad contradictoria. *La formación de la tradición literaria en el Perú*. Lima: Centro de estudios y publicaciones (CEP).
- Cornejo, A. (1993). Ensayo sobre el sujeto y la representación en la literatura latinoamericana: Algunas hipótesis. *Hispanoamérica*, N° 66, pp. 3-15.
- Cornejo, A. (2005). *Literatura y sociedad en el Perú: la novela indigenista / Clorinda Matto de Turner, novelista. Estudio sobre Aves sin nido, Índole y Herencia*. Lima: Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar / Latinoamericana.
- Cros, E. (2011). Towards a Sociocritical Theory of the Text. Sociocriticism. *Universidad de Granada Journal*, Vol. 26, N° 1&2, pp. 31-47. Disponible en: <http://revistaseug.ugr.es/index.php/sociocriticism/article/view/2452/2567> .
- El Montañés, revista de literatura, artes y ciencias (Antioquia: 1897-1898)

- Escajadillo, T. (1994). *La narrativa indigenista peruana*. Lima: Amaru.
- Escobar, J. (2009). Progresar y civilizar, imaginarios de identidad y élites intelectuales de Antioquia. En *Euroamérica, 1830-1920*. Medellín: Fondo editorial Universidad EAFIT.
- Escobar, J. (2013). Antioquias. Diversidad e imaginarios de identidad. Medellín: Comité editorial Museo de Antioquia.
- Friede, J. Friedemann, N. y Fajardo, D. (1975). *Indigenismo y aniquilamiento de indígenas en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Genette, G. (1989). *Figuras III*. Barcelona: Editorial Lumen.
- Luikács, G. (1978). *Ensayos sobre el realismo*. Cuba: Arte y Literatura.
- Mariátegui, J. (1971). *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Amauta.
- Mignolo, W. (2003). *Historias locales: diseños globales: colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Madrid: Ediciones Akal.
- Mignolo, W. (2007). *La idea de América Latina: la herida colonial y la opción decolonial*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- Morales, J. (2007). Relectura de Andágueda. *Desde la sala. Boletín cultural y bibliográfico de la sala Antioquia*. N°. 16, p. 5.
- Orrego, J. (2012). La crítica de la novela indigenista colombiana: objeto y problemas. *Estudios de literatura colombiana*, N°. 30, pp. 31-54.

- Ortiz, D. (2017). *Andágueda: ¿reivindicación de los valores indígenas o antioqueños?* *Artes, la revista*, Vol. 16, N°. 23, 2017, pp. 160-175. Disponible en: <file:///C:/Users/Usuario/Downloads/Dialnet-Andagueda-6907674.pdf>
- Pineda, A. (1986, octubre 26). *Andágueda: ¿novela indigenista?* En: *El Colombiano Dominical*, p. 4.
- Quijano, A. (1993). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En: LANDER, E. (Ed.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Quijano, A. e I. Wallerstein (1992). La Americanidad como concepto, o América en el moderno sistema mundial. *Revista internacional de Ciencias Sociales*, Vol. 44, N°. 4, pp. 549-557.
- Rama, Á. (1982). *Novela en América Latina*. Bogotá: Procultura. Instituto Colombiano de Cultura.
- Ramírez, E. (2014). *Pensamiento indigenista en Colombia: integración fragmentada del indio en el proyecto de nación* (Tesis de doctorado, Universidad de Antioquia). [CD-ROM].
- Restrepo, L. (1999). *Un nuevo reino imaginado. Las elegías de varones ilustres de Indias de Juan de Castellanos*. Bogotá: Editorial ABC Ltada.
- Sánchez, L. (1953). *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*. Madrid: Editorial Gredos.
- Sohn, G. (1978). *La novela colombiana de protesta social*. Bogotá: Ediciones Uninca.

Uribe, R. (1979). *Antioquia en la literatura y en folclor*. Medellín: Editorial Colina.

Williams, R. (1991). *Novela y poder en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

Zima, Pierre. *Manual de sociocrítica*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.